nos 97/98

-- AZAÑA --

8 Nov 47

HACE siete años, murió Azaña en el destierro. Su recuerdo desborda el aniversario. Escapa de la hoja del almanaque y llena un inmenso ámbito histórico. Su figura se agiganta al alejarse en el tiempo. Fenómeno reservado a los hombres! de singular grandeza. La de Azaña consistió en fundir su ser con el de su "raza perdurable", con el de su "pueblo eterno". De ahí la dimensión de la obra de Azaña, hecha para la eternidad. En la historia contemporánea de nuestra patria, Azaña quedará como el símbolo de la que España quiso y pudo ser. Su momento español está cargado de una honda y limpia ambición: la de que España vuelva a ser España, es decir, la de volver "al puro manantial intacto". En la soledad estudiosa y en el trato con el español anónimo se había formado moral e intelectualmente este hombre que nunca supo que se preparaba para gobernar. Queremos decir que su preparación fué acendradamente desinteresada. Su anhelo no era el poder, sino el saber; no la autoridad, sino la verdad; no el mando, sino el servicio. Con esos elementos se forma misteriosamente su ímpetu creador, que no ha de improvisarse luego cuando el hombre de estudio y de meditación se ve convertido en hombre de acción y de gobierno. Una gran corriente histórica lo lleva al poder. Su obra de gobernante palpita con una vida inaudita, desconocida antes en la enclenque política española. Esa obra viva lleva un sello: el de la inteligencia, el de la ética republicana, el de la tolerancia. Es lo que no le perdonarán nunca los cultivadores de la rutina, del provecho personal y del odio. En la lucha con las fuerzas opuestas del fanatismo y el despotismo, él, Azaña, sabe ser de roca. Pero no todos los obligados a serlo también, saben ser cómo él. Truncar la obra de Azaña —ya se ha visto— fué truncar la obra de la República, dejar a ésta indefensa frente a la agresión que no había de tardar en producirse. No se dejó a Azaña modelar el régimen de la libre España eterna y auténtica, y resurgió fatalmente la falsa y vieja España de la tiranía. La sedición de 1936 fué —son palabras del propio Azaña— "una insurrección contra la inteligencia". Aunque breve, la lejanía histórica permite ya observar y comparar: la obra de creación y la obra de destrucción. Para recobrar, pues, el aliento creador hay que volver a Azaña, a su lección y a su ejemplo; es decir, hay que volver a la idea, la obra y la ambición de Azaña, en su plena dimensión española de eternidad.



CARLOS ESPLA

A.P.C.E.
SIG.: 1.2G/1286